

A 20 años del nacimiento del Instituto Universitario

Corría el verano de 1996 y una tarde estaba trabajando en la oficina del Departamento de Pediatría, bajo la tranquilidad de esas horas y de la época del año. En algún momento, por esos misteriosos e intrincados mecanismos presentes en nuestro pensamiento, comencé a discurrir acerca de por qué el Hospital Italiano no tenía una Escuela de Medicina Universitaria. Asociaba esta idea con el prestigio sin pausa del hospital y su extensa experiencia docente, siendo pionero en la educación médica del país. Así surgió ese borroso pensamiento al que inicialmente no le di trascendencia porque supuse, como tantas otras cosas que se nos ocurren, que iba a ser pasajero.

Sin embargo, no fue así; lentamente le di más importancia, aunque oscilando entre el optimismo de que era posible y la idea de que solo era una utopía pasajera. No obstante, fui interiorizándome en el tema, dado que no tenía ninguna experiencia en los aspectos docentes universitarios.

Redacté un borrador del proyecto y me fui convenciendo de que valía la pena continuar y presentarlo a las autoridades. Pensaba que, a lo sumo, podía ocurrir que no estuvieran de acuerdo o lo vieran imposible de concretar. Le pedí a Jorge Sívori, director del hospital, charlar unos minutos. Llevé los argumentos que sostenían el proyecto y le pedí que me permitiera crear un grupo con cinco profesionales del hospital para que pudiésemos evaluar la factibilidad y delinear un proyecto. Jorge me escuchó con atención, me hizo algunas preguntas, tuvo ciertos reparos, pero finalmente aceptó que conformara ese grupo de trabajo. Si bien salí muy satisfecho, al mismo tiempo reflexionaba si no me metía “en camisa de 11 varas”.

Días después le propuse a Jorge los miembros que elegí para el grupo, Osvaldo Blanco, Marcelo Mayorga, Enrique Caruso y Fernando Althabe. Estuvo de acuerdo con todos y entonces le pedí que me recomendara a alguien del Departamento de Cirugía. Solo pensó un par de minutos y señaló a Pablo Argibay, destacó sus condiciones y afirmó que para él era la persona indicada.

De esas dos reuniones con Jorge tengo el mejor de los recuerdos y mi sincero agradecimiento por la actitud abierta que tuvo y por la gran visión de recomendar a Pablo, que fue una pieza fundamental en el Instituto, no solo por lo que hizo con nosotros, sino en el resto de su vida.

Enrique Caruso se excusó por sus múltiples tareas, en cirugía y en el Departamento de Docencia e Investigación que dirigía, pero siguió el proceso de cerca. Me recomendó en su reemplazo a la Lic. Norma Hernández, que se incorporó en seguida. Unos días más tarde nos juntamos todos en mi

oficina, donde delineamos la tarea por realizar y quedamos en reunirnos una vez por semana hasta arribar a las conclusiones finales. Recuerdo que les manifesté que todos estábamos en un mismo plano de igualdad y que cada uno debía expresar sus opiniones y disensos. Esto redundó en que surgieran frecuentes discusiones, algunas acaloradas, que nos llevaron satisfactoriamente a armar los lineamientos principales del proyecto. Asimismo, acordamos invitar a personalidades que tuvieran experiencia en el tema, para poder aprender de ellos. Concurrieron Guillermo Jaim Etcheverry, que vino más de una vez y cuyos consejos fueron fundamentales, y decanos o secretarios académicos de diversas Universidades: Maimónides, Austral, Cuyo, La Plata, entre otras, y sus contribuciones también fueron de suma utilidad.

Durante ese año, dos miembros del grupo tuvieron que desertar: Fernando Althabe, que dejó el hospital para asumir un cargo en la OPS, y Marcelo Mayorga por sus numerosas tareas que le impedían continuar. Sentimos mucho su alejamiento por lo que él representaba para el grupo, pero nos ayudó mucho al recomendar a Elsa Nucifora. Su presencia fue vital, tanto por su enorme dedicación hacia nuestra tarea, como también por la sumamente destacada trayectoria posterior.

Al finalizar nuestra tarea presentamos el proyecto definitivo a Jorge Sívori y a Hector Marchitelli. Ambos estuvieron de acuerdo y dieron su indispensable apoyo. Posteriormente lo elevaron a la Junta Directiva para su evaluación y definir la decisión por tomar.

Luego de unos meses, la Junta dio la aprobación final, marcando un hito que quedará por siempre en la historia del hospital. Semanas más tarde designó como Rector al Dr. Enrique Beveraggi. Su invalorable presencia permitió que se comenzara a organizar la estructura de las Escuelas de Medicina y de Enfermería. La comprometida tarea de Enrique en esa etapa inicial fue de sumo valor y de gran trascendencia en la continuidad y crecimiento del proceso, que llevó a que años más tarde se lograra la aprobación oficial del Instituto. Con esta breve reseña, armada entre recuerdos y olvidos, pretendí evocar los primeros pasos de lo que luego fue el Instituto. Aquella aparente utopía de hace 20 años a lo que es hoy, con su continuo progreso y brillo académico, era por entonces difícil de predecir. Solo se pudo llegar a ese logro gracias al trabajo y compromiso de muchos actores a través de estos años.

Sin duda, ahora el Instituto es el orgullo de todos.

Dr. José María Ceriani Cernadas

Consejo Académico

Instituto Universitario Hospital Italiano de Buenos Aires